

Pinturas rupestres en la sierra de Enguera*

por

Javier Sánchez



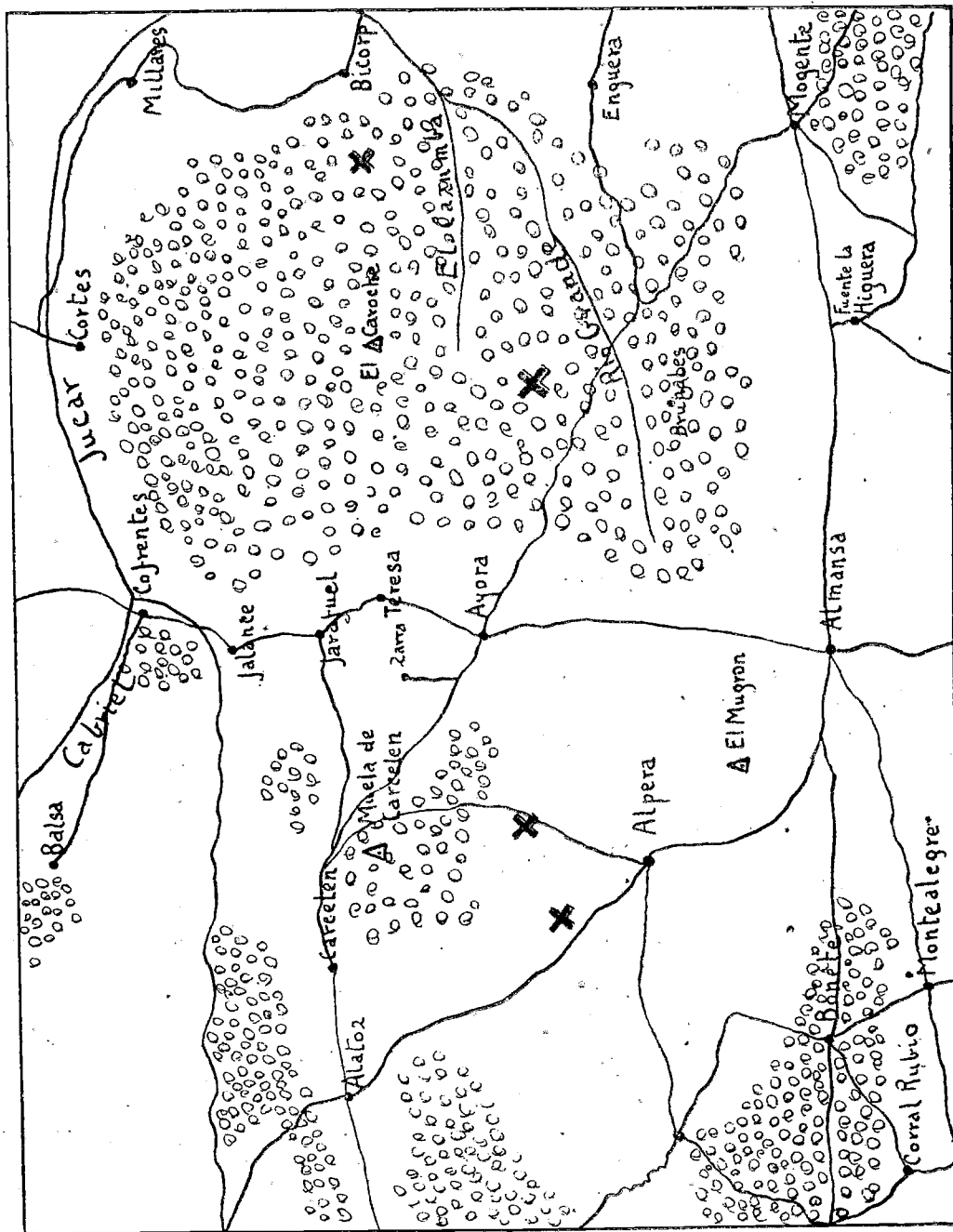
UANDO visitábamos en el verano de 1942 los abrigos pintados de la cueva de la Vieja y la del Queso, así como los de Tortosillas, situados todos al oeste del nuevamente descubierto; en el 43, la cueva de la Araña, y en el 45, las del Cinto de las Letras y el de la Ventana, situados al este, siempre nos asaltaba la sospecha de que en el cuadrilátero de la sierra de Enguera, con sus doscientos kilómetros cuadrados de extensión, magnífico cazadero y reducto actual de los últimos ejemplares de la cabra montesa que existe en la provincia de Valencia, debía haber lugares asimismo pintados, pues reunía excepcionales condiciones para ello y estaba, además, en una zona sumamente transitada por aquellos primitivos pobladores de España.

De ahí que encontráramos cosa natural, y hasta cierto punto esperada, que don José M.^a Micó, antiguo residente en Ayora, nos contara haber visto en una cueva unas pinturas que parecían sobre la roca «un trabajo de marquetería», según sus propias palabras.

Aprovechando nuestra estancia en el pueblo durante el mes de septiembre, y después de prolijas búsquedas, pues no sabíamos con exactitud el lugar de su emplazamiento, logramos dar con su paradero el día 4 de octubre del pasado año 1946.

* Aunque no excesivamente moderno, es el problema de las pinturas rupestres del llamado arte levantino o sudoriental español un tema de palpitante actualidad, debido, en no pequeña parte, a las excavaciones que el S. I. P. de nuestra excelentísima Diputación realizó en la cueva del Parpalló y realiza todavía en la de la Cocina, y de las cuales se deducen conexiones hasta ahora no sospechadas de nuestras culturas paleolíticas y epipaleolíticas con otras semejantes, ya africanas, ya europeas.

Por eso es para nosotros un alto honor y grandísimo placer el presentar al I Congreso Arqueológico de Levante el descubrimiento de un abrigo pintado en la llamada sierra de Enguera.



Yendo por la carretera de Enguera a Ayora, y después de pasar el llano de la Matea, se sube al alto del Carrascal, y a unos dos kilómetros al este de dicho alto, se encuentra el nacimiento de un barranco, afluente del de la Molinera, llamado del Sordo, sito en terrenos de la Casa de Pi, perteneciente al término municipal de Ayora. Reúne este barranco, en alto grado, las condiciones topográficas necesarias para la presentación del fenómeno que estudiamos, tales como sus abruptas laderas, la presencia de fuentes, una buena orientación, etc., y que tan fáciles son de conocer a los que han visitado otros yacimientos.

Aguas abajo de este barranco, a unos quinientos metros, y en el lugar donde se transforma el paisaje de suave y ondulado, en las cercanías de la divisoria, en un cañón profundo de paredes recortadas, debido a la denudación de grandes estratos que no aparecen a mayor nivel, se encuentra, a media altura de la ladera izquierda, un banco corrido de piedra calcárea, cuyo centro sobresale, haciéndose voladizo, y cobija la llamada, como el barranco, cueva del Sordo, cuya orientación general es el essudeste.

Su profundidad máxima no llega a alcanzar dos metros y su longitud viene a ser de unos veinticinco. En su primer tercio y sobre la roca más lisa y patinada se encuentran las pinturas, ocupando un panel que mide 240 cm. de largo por 68 de ancho.

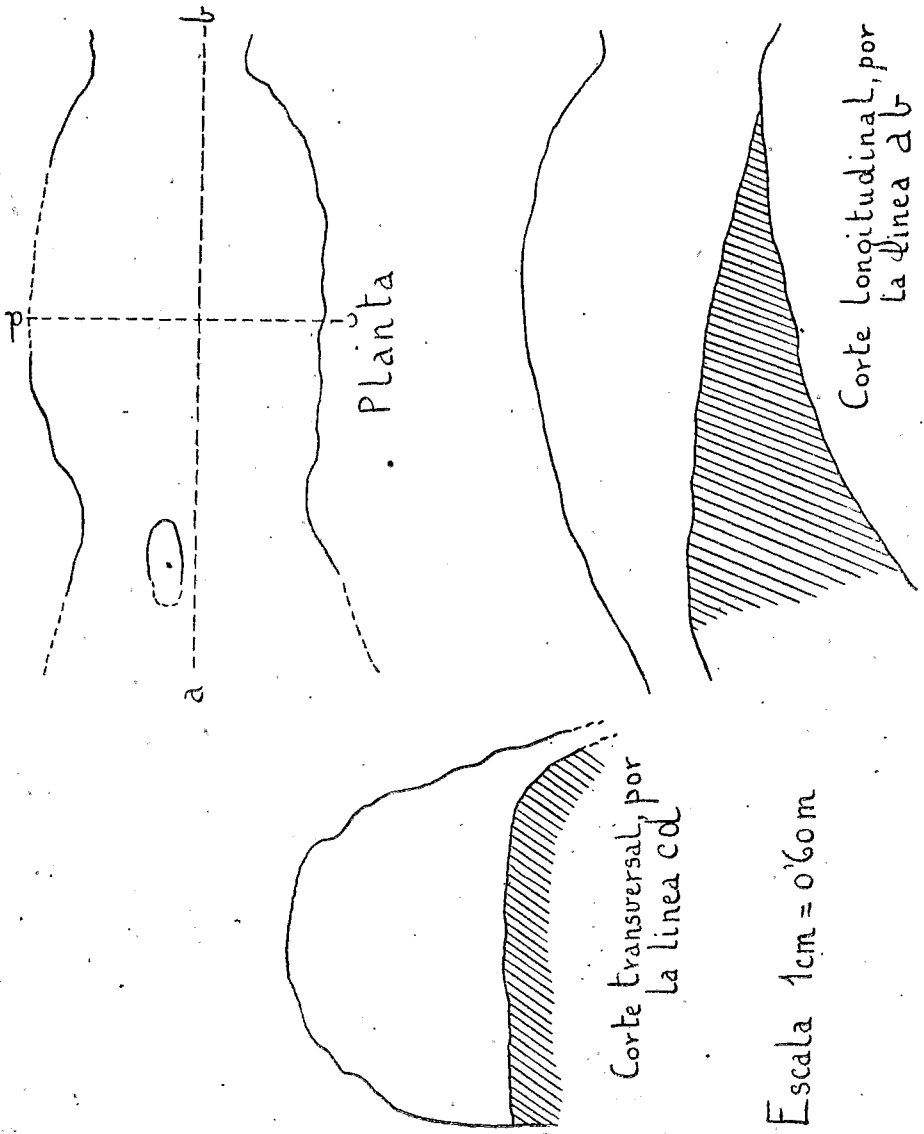
En su conjunto y a causa probablemente de haber sido habitada de reciente la cueva, las figuras están muy deficientes, habiendo sido picadas casi todas ellas. Su número es de catorce, de las cuales hay claramente reconocibles tres, quedando las restantes reducidas a manchones y trazos sueltos que no pudimos identificar a causa de la premura del tiempo.

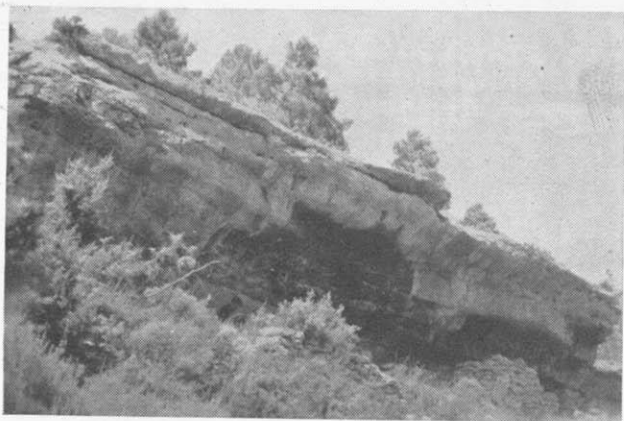
Su estilo coincide con el de las fases segunda y tercera que estudia Cabré en las cuevas de la Vieja y del Queso. La proporción, perfecta, sin que a las figuras humanas, y especialmente al arquero, se les pueda encasillar muy claramente en aquella clasificación un poco rígida de cestosomático, nematomorfos y paquipodos.

Su color es rojo cereza, exactamente igual al de tantas figuras del mismo estilo; sólo haré notar la salvedad de hallarse pintadas en ocre más claro la cierva corriendo y uno de los manchones que hay a la izquierda de la misma, lo cual quizá indica su factura cronológicamente anterior.

El tamaño es corriente, variando de 7 a 17 cm. Hay una casi total ausencia de toda clase de adornos y objetos, si se exceptúa el armamento de los dos arqueros, de una claridad y realismo insuperables, y una capucha o sombrero que da una forma cefálica rara a la figura central.

La composición parece contener dos asuntos de carácter venatorio alrededor de la figura del arquero, aunque muy bien pudiera haber alguna figura,

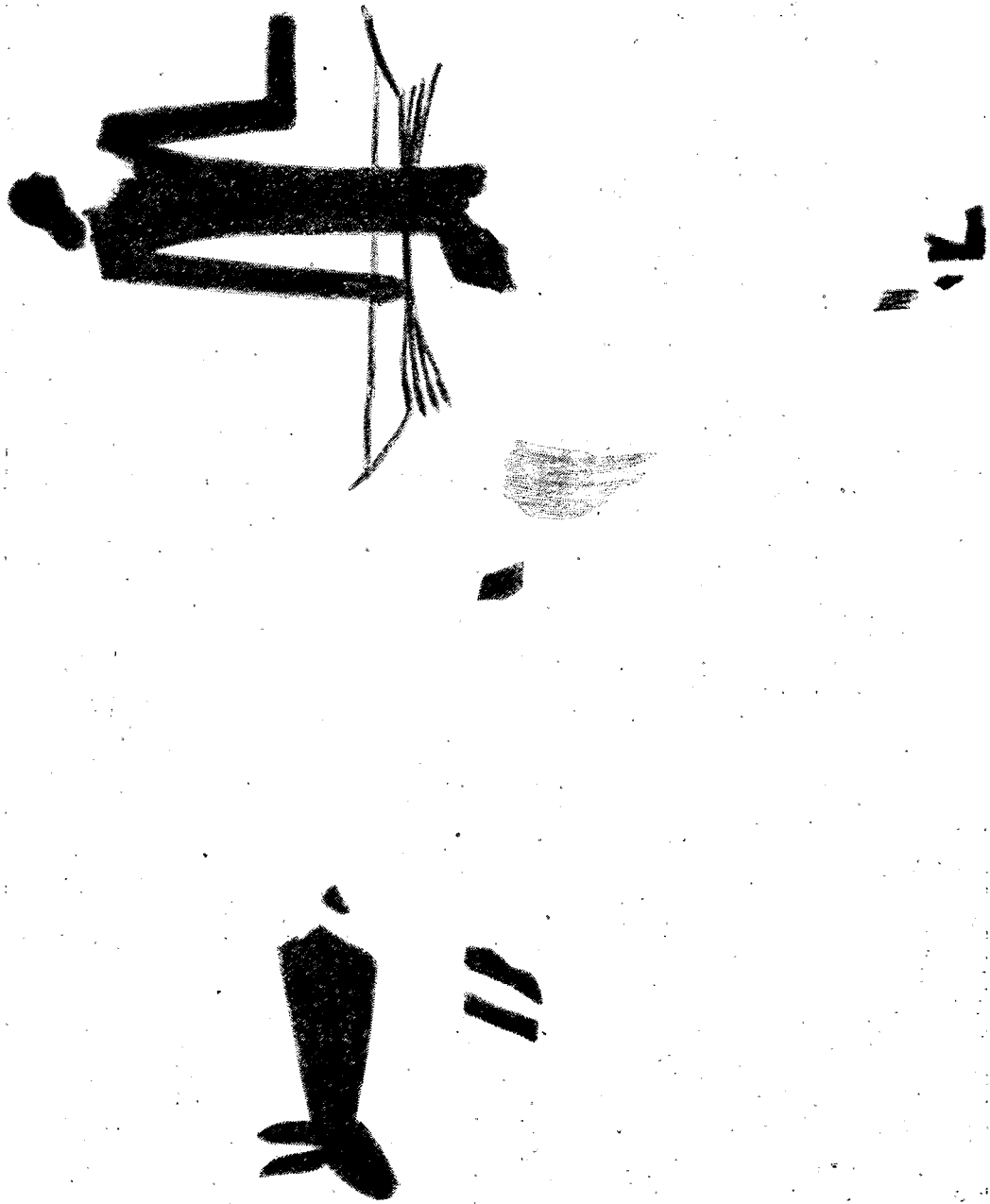




Aspecto general de la cueva



Zona pintada



Figuras de la cueva. Detalle

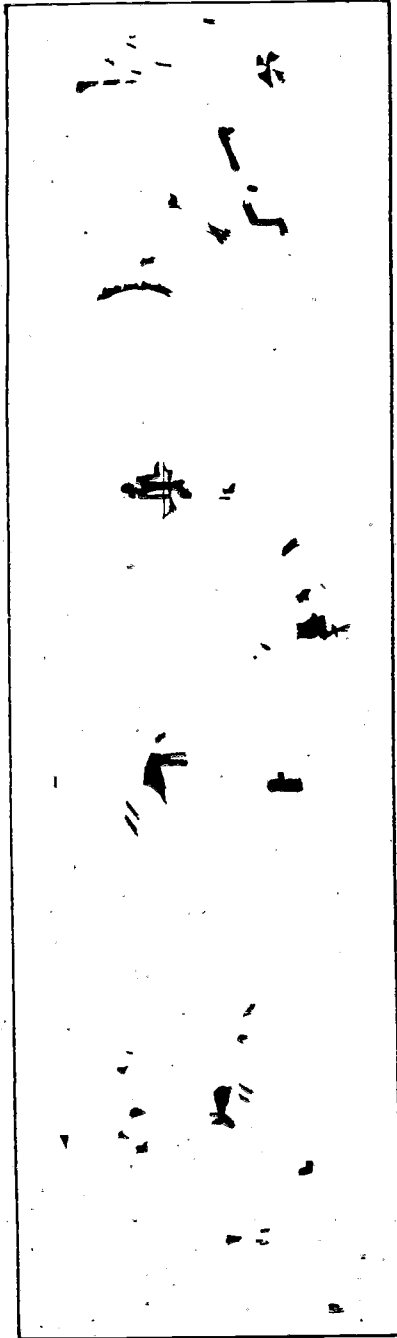
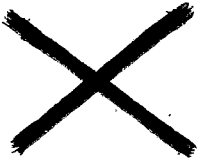
además de ésta, no perteneciente a dichos asuntos. Proyectaremos a continuación la figura del arquero y una cabeza, cuello y parte de las extremidades de lo que parece una cierva corriendo, para que los señores Congresistas puedan apreciar la belleza y realismo del estilo. Hay, además, restos de otro arquero en precipitada carrera y la parte anterior de un probable gran mamífero, del que sólo podemos decir que tiene pezuña hendida.

Son igualmente de notar la presencia de dos grandes cruces de San Andrés, cuyas aspas, de 48 cm. de envergadura, pintadas en un ocre más claro que el de las figuras, están colocadas: una, encima del panel y a una distancia del mismo de unos 75 cm., y la otra, hacia la mitad del abrigo y a un nivel claramente correspondiente al anterior:

A unos treinta metros por debajo, en la ladera del barranco y en el estrato calizo subyacente, se encuentra una concavidad, llamada por las naturales la «Lobera», que mide 6 m. de profundidad por 3'80 de anchura, siendo su boca una reducida abertura de 1'60 m. de diámetro. Su orientación, asimismo al esudeste; su falta actual de humedad; el haber sido ahumada aun en lugares donde hoy no se puede encender directamente fuego; el piso, constituido en su totalidad de tierra negra, sin gruesas piedras, claramente amontonado, artificial, y, sobre todo, la forma de la cavidad, que se insinúa por encima de los detritus que llenan el fondo, dando clara idea de una repleción lenta de otra cavidad mucho mayor, abonan la idea de haber sido habitada durante mucho tiempo. No es de poca importancia el detalle del cono de deyección situado ante la boca y en dirección al barranco. Siendo así que los hombres pintores del abrigo tuvieron que conocer por precisión la existencia de esta cueva, que reúne condiciones óptimas para ser habitada, nada extraño será que —el día de su remoción y estudio por el Laboratorio de Arqueología de esta Universidad— entre sus materiales se encuentren algunos que proyecten clara luz sobre los debatidos problemas que plantea el arte rupestre sudoriental.

El que nosotros no podamos avanzar nada de lo que posiblemente contiene el yacimiento se debe a no haber tenido en el momento de explorarlo, un útil apropiado para poder hacer un rápida cata y a no haber encontrado, en la rápida ojeada que echamos por los alrededores, algo que mereciese ser guardado para aclarar la cultura o culturas allí enterradas, pues confesamos haber sido nuestra atención totalmente polarizada hacia las pinturas en las dos horas escasas que estuvimos en aquellos lugares.

Suplicamos indulgencia, señores, por cuantos errores e inexactitudes hayamos podido mezclar y asimismo por lo escaso y deficiente de este comunicado, aunque quisiéramos que, en descargo nuestro, se tenga en cuenta el ser producto de un rápido viaje de prospección y el tener nuestro campo

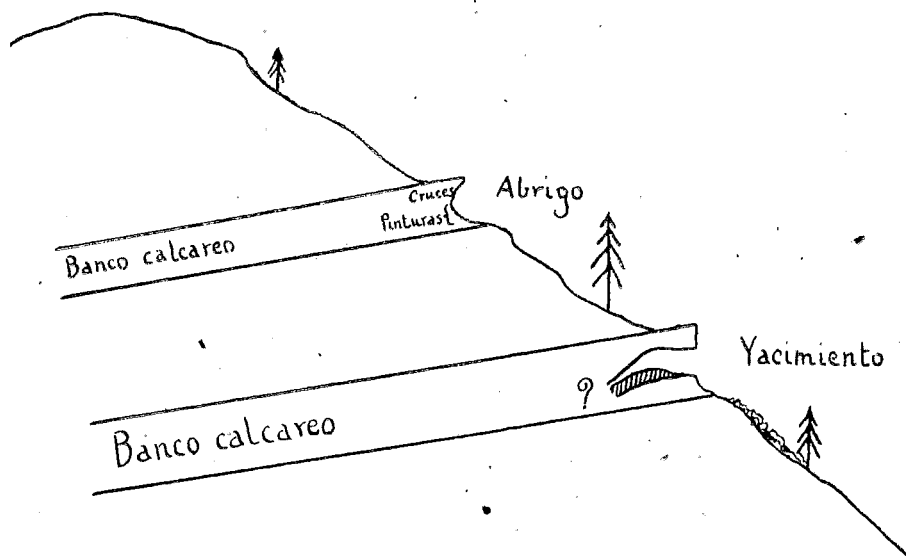


64 cms

2m 48 cms.

Figuras de la cueva. Conjunto

profesional bastante alejado de la Prehistoria, aunque bien la estimamos de todo corazón.



Corte transversal de la ladera

Deseamos también dar públicas gracias a don Manuel Román Bru, compañero nuestro de penas y fatigas y sin cuya ayuda y desvelos quizá no se hubiera efectuado este descubrimiento, y a don José Senent, cuyos consejos, como de gran maestro, han esparcido luz en nuestro camino.

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)

